

biendo Euribiades representado fuertemente, que lejos de encerrar á los Persas en la Grecia, seria necesario, si fuese posible, proporcionarles nuevas salidas: la armada de los aliados se detuvo, y fué luego al puerto de Pagasa, donde pasó el invierno.

Temistocles envió entonces un aviso secreto á Xerxes. Unos dicen, que queriendo procurarse un asilo cerca de este príncipe, para un caso de desgracia, se felicitaba de haber apartado á los Griegos del proyecto de quemar el puente. Segun otros, prevenia al rey, que si no precipitaba su marcha los Griegos le cortarían el camino de la Asia. Sea lo que fuese, algunos dias despues del combate de Salamina, el rey tomó el camino de Tesalia, donde Mardonio puso en cuarteles de invierno los trescientos mil hombres que habia pedido y escogido de todo el ejército. De allí continuando su camino, llegó á las costas del Helesponto con muy corto número de tropas: el resto, falto de víveres, habia perecido de enfermedades, ó dispersádose por la Macedonia y por la Tracia. Para colmo de la desventura, ya no subsistia el puente; pues le habia destruido una tempestad. El rey se arrojó á un barco; pasó el mar como fugitivo*, cerca de seis meses despues de haberle atravesado como con-

* El 4 de diciembre del año 480 antes de J. C.

quistador, y se fué á Frigia á edificar unos magníficos palacios, que cuidó de fortificar.

La primera atencion de los vencedores despues de la batalla fué enviar á Delfos las primicias de los despojos que se habian repartido; despues fueron los generales al istmo de Corinto; y siguiendo un uso respetable por su antigüedad, y mas todavía por la emulacion que inspira, se juntaron cerca del altar de Neptuno, para decretar coronas á los que contribuyeron mas á la victoria. No se pronunció la sentencia; cada uno de los gefes se habia adjudicado el primer premio, al mismo tiempo que los mas habian decretado el segundo á Temistocles.

Aunque consiguiente á esto no se le pudiese disputar el primero en la opinion pública, quiso lograr uno efectivo de parte de los Esparciatas. Estos le recibieron en Lacedemonia con aquella alta consideracion que ellos mismos merecian, y le asociaron á los honores decretados á Euribiades. Una corona de oliva fué la recompensa de los dos. A su marcha se le colmó de nuevos elogios: se le regaló la mejor carroza que se pudo hallar en Lacedemonia, y por una distincion tan nueva como brillante, trescientos jóvenes de á caballo de las primeras familias de Esparta, tuvieron orden para acompañarle hasta las fronteras de la Laconia.

Entre tanto se disponia Mardonio para termi-

nar una guerra tan vergonzosa para la Persia: aumentaba con nuevas tropas las que Xerxes le habia dejado, sin echar de ver que aumentarlas era debilitarlas: consultaba sucesivamente los oráculos de la Grecia; enviaba desafíos á los pueblos aliados, y les proponia para campo de batalla las llanuras de la Beocia y las de Tesalia: en fin, él resolvió apartar de la liga á los Atenienses, é hizo que Alejandro, rey de Macedonia, partiese para Atenas, con la cual estaba enlazado por la hospitalidad.

Admitido este príncipe á la asamblea del pueblo, al mismo tiempo que los diputados de Lacedemonia encargados de romper esta negociacion: habló así: « ved aquí lo que dice Mardonio: « he recibido una orden del rey concebida en « estos términos: olvido las ofensas de los Atenienses. Mardonio, ejecutad mis disposiciones: dad á ese pueblo sus tierras; dadle mas si « las quiere; conservadle sus leyes, y restableced « los templos que yo he quemado. Yo he creído « deber instruiros de las intenciones de mi « amo; y añadido, que es una locura por vuestra « parte querer resistir á los Persas, y es otra « mayor pretender resistirles mucho tiempo. « Aun cuando, contra toda esperanza, ganaseis « la victoria, os la arrancaria luego de las manos « otro ejército. No corrais pues á vuestra ruina, « y que un tratado de paz, dictado por la buena

« fe, ponga á cubierto vuestro honor y vuestra « libertad.» Despues de haber referido Alejandro estas palabras, intentó convencer á los Atenienses de que no estaban en disposicion de luchar contra el poder de los Persas, y les pidió encarecidamente que prefriesen la amistad de Xerxes á todos los demas intereses.

« No deis oidos á los pérfidos consejos de Alejandro, exclamaron entonces los diputados « de Lacedemonia. Este es un tirano, que sirve « á otro tirano. Por un indigno artificio ha alterado las instrucciones de Mardonio. Las promesas que os hace de su parte, son muy « seductoras para no ser sospechosas. No podéis aceptarlas sin hollar las leyes de la justicia y del honor. ¿ No sois vosotros los que « habeis encendido esta guerra? ¿ Y será posible que aquellos Atenienses, que en todos « tiempos han sido los mas celosos defensores « de la libertad, sean los primeros autores de « nuestra esclavitud? Lacedemonia, que os hace « estas representaciones por nuestra boca, está « condolidada al ver el estado funesto á que os « reducen vuestras casas destruidas, y vuestras « campiñas taladas: ella os propone en su nombre y en el de sus aliados, el guardar en depósito vuestras mugeres, hijos, y esclavos, « durante la guerra. »

Los Atenienses pusieron el asunto en delibe-

racion; y siguiendo el voto de Aristides, se resolvió responder al rey de Macedonia, que hubiera podido dispensarse de advertirles que sus fuerzas eran inferiores á las del enemigo: que por esto no estaban menos dispuestos á oponer una resistencia vigorosa á los bárbaros: que le aconsejaban no volviese á aparecer en su presencia, si habia de ser para proponerles semejantes cobardías, y que no les expusiese á violar los derechos de la hospitalidad y amistad en su persona.

Se decretó, que se responderia á los Lacedemonios, que si Esparta hubiera conocido mejor á los Atenienses, no los hubiera creído capaces de una traicion, ni tratado de mantenerlos en su alianza por miras de interes: que atenderian como pudiesen á las necesidades de sus familias, y que daban gracias á los aliados por la generosidad de sus ofertas: que estaban adheridos á la liga con lazos sagrados é indisolubles: que la única gracia que pedian á los aliados era que les enviasen un socorro, pues era tiempo de marchar á Beocia, y de impedir á los Persas entrar segunda vez en la Atica.

Habiendo vuelto á entrar los embajadores, hizo, Aristides que se leyesen los decretos en su presencia; y luego levantando la voz, dijo: «diputados lacedemonios, haced saber á Esparta, que todo el oro que circula sobre la

«tierra, ó que se esconde todavía en sus entrañas, es nada en nuestra estimacion, en comparacion de nuestra libertad... Y vos Alejandro, dirigiéndose á este príncipe, y señalándole el sol, decid á Mardonio, que mientras aquel astro siga la carrera que le está prescrita, los Atenienses continuarán sobre el rey de Persia la venganza, porque claman sus campanas taladas, y sus templos reducidos á cenizas.» Para hacer este empeño mas solemne todavía, hizo al punto formar un decreto, por el cual los sacerdotes sacrificarían á los dioses infernales á todos los que fuviesen inteligencias con los Persas, y se separasen de la confederacion de los Griegos.

Instruido Mardonio de la resolucion de los Atenienses, hizo marchar luego sus tropas á la Beocia, y desde allí cayó sobre la Atica, cuyos habitantes se habian refugiado otra vez á la isla de Salamina. Le lisonjeó tanto el apoderarse de un pais desierto, que valiéndose de señales puestas de distancia en distancia, tanto en las islas como en el continente, lo hizo saber á Xerxes, que estaba todavía en Sardes de Lidia. Tambien quiso aprovecharse de esto para entablar una nueva negociacion con los Atenienses, pero recibió la misma respuesta; y Licidas, uno de los senadores, que habia propuesto que se diese oidos á las promesas del general per-

sa, fué apedreado con su muger y sus hijos.

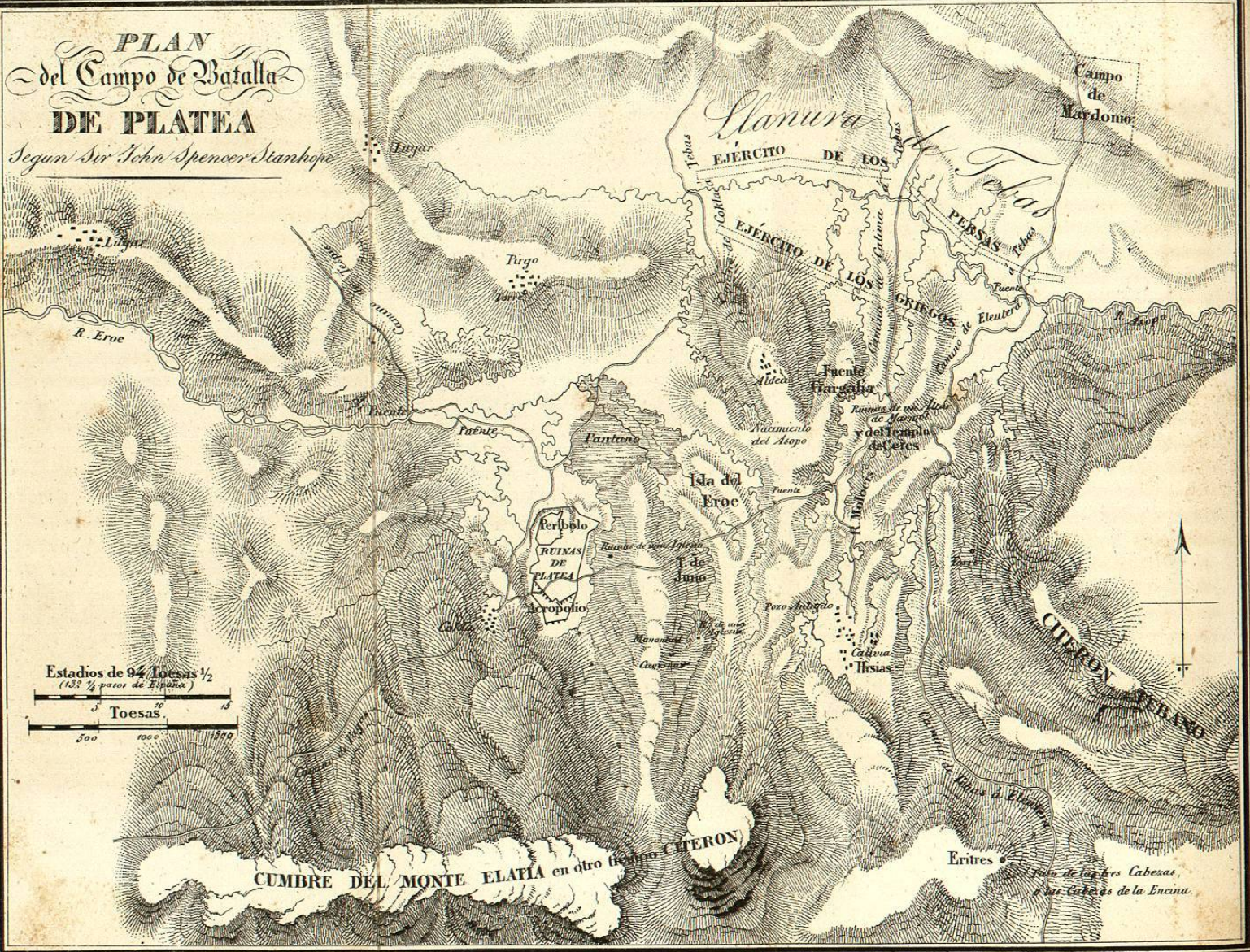
Entre tanto los aliados en lugar de enviar una armada á la Atica, como habian tratado, se fortificaban en el istmo de Corinto, y solo parecia que atendian á la defensa del Peloponeso. Los Atenenses, alborotados con este proyecto, enviaron diputados á Lacedemonia, donde se celebraban unas fiestas que debian durar muchos dias. Hicieron presentes sus quejas, y la respuesta se dilatava de un dia para otro. Ultimamente, ofendidos de una inaccion y silencio que les autorizaba para sospechar una perfidia, se presentaron por la última vez á los éforos, y les declararon que Atenas vendida por los Lacedemonios, y abandonada por los demas aliados, estaba dispuesta á volver contra ellos sus armas, haciendo la paz con los Persas.

Los éforos respondieron, que la noche antes habian hecho salir bajo el mando de Pausanias, tutor del joven rey Plistarco, á cinco mil esparciatas, y treinta y cinco mil esclavos ó hilotas armados á la ligera. Estas tropas, aumentadas luego con cinco mil lacedemonios, habiéndose unido con las de las ciudades confederadas, partieron de Eleusis, y fueron á Beocia, donde Mardonio acababa de traer su ejército.

Habia evitado sabiamente combatir en la Atica. Como este pais está cortado con alturas y

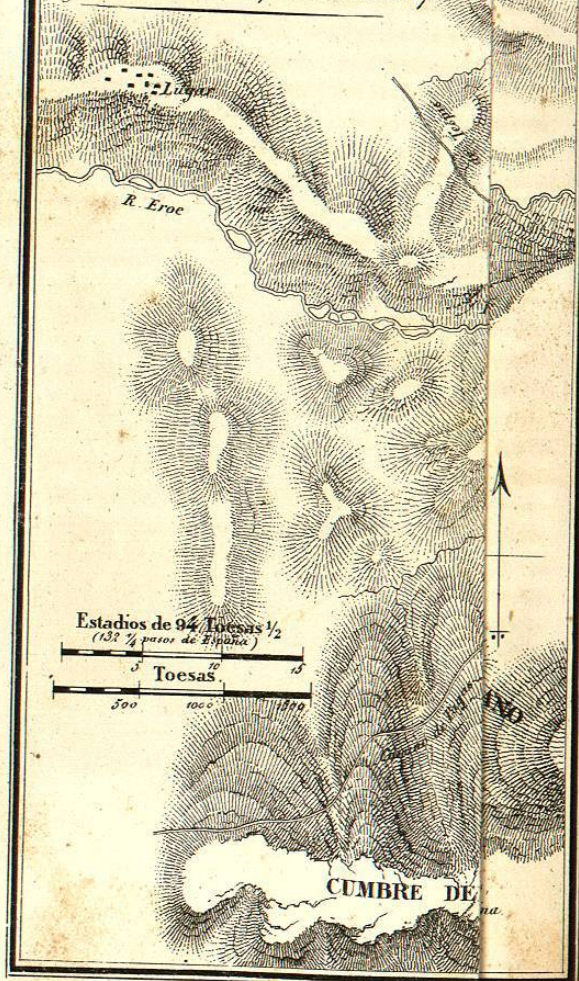
PLAN del Campo de Batalla DE PLATEA

Segun Sir John Spencer Stanhope



PLAN
del Campo de Batalla
DE PLATEA

Segun Sir John Spencers Stanhope



desfiladeros, no hubiera podido, ni desplegar su caballería en el combate, ni asegurar su retirada en caso de derrota. La Beocia, al contrario, ofrecía grandes llanuras, un país fértil, muchas ciudades prontas á recoger las reliquias de su ejército, porque á excepcion de los de Platea y Tespis, todos los pueblos de estos países se habian declarado por los Persas.

BATALLA DE PLATEA.

Mardonio puso su campo en la llanura de Tebas, á lo largo del rio Asopo, cuya orilla izquierda ocupaba, hasta las fronteras del país de los Plateenses. Para encerrar sus bagages, y proporcionarse un asilo, hacia circunvalar con un foso profundo, y con muros y torres de madera un espacio de diez estadios de extension por todas partes**.

Los Griegos estaban enfrente, al pie y sobre el declive del monte Citeron. Aristides mandaba á los Atenieses, y Pausanias á todo el ejército***. Aquí fué donde los generales extendie-

* Véase el plan de la batalla de Platea.
 ** Cerca de novecientos y cuarenta y cinco toesas.
 *** Se hallaron á la vista los dos ejércitos el 10 de setiembre del año 479 antes de J. C.